



CUCHA CUSACOVICH
DESCUERADOS

UNIVERSO
LETRAS 

Descuerados

Cucha Cusacovich

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Cucha Cusacovich, 2020

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2020

ISBN: 9788418036842

ISBN eBook: 9788418035265

PRIMERA PARTE

«La familia es la base de la sociedad y el lugar donde las personas aprenden por primera vez los valores que les guían durante toda la vida».

Papa Juan Pablo II

Capítulo I

Bóveda

Consuelo, a sus diez años, calma su ansiedad infantil observando el temporal que azota las ventanas de su gran casa. El viento hace mover los árboles que la rodean y que rozan los mojados vidrios, creando en su mente, con las gotas que van quedando, ciertas figuras que ella distingue como estrellas y flores, aunque la más rescatable es un mapa europeo, que según su imaginación muestra a España, Francia e Italia con la forma de una bota que la distingue. Soñaba con algún día visitar a sus parientes españoles de los que alguna vez oyó hablar en su familia.

Alonso, su abuelo, emigró de España para radicarse en Chile el año 1900 junto a su esposa Aranza, en donde formaron una familia y su fuente de trabajo, una curtiembre ubicada en la comuna de Recoleta de Santiago; lo que los motivó a dedicarse a esta actividad fue el conocimiento que el hombre tenía sobre el curtido de cueros y la gran cantidad de materia prima que encontraron en el país más austral del mundo.

El invierno frío y lluvioso de aquella época, obligó a la madre de Consuelo, Piedad, a inculcar a sus hijas el trabajo manual, tal como el tejido y el bordado. La institutriz, una mujer solterona traída de la madre patria, era la encargada de la educación y enseñanza en la casa. El hijo también asistía a clases con ella, pero el resto del día transcurría dentro de la curtiembre, a pesar de ser un niño aún, aprendiendo el oficio del tratamiento del cuero de

animales, para luego ser vendido y así continuar la tradición como había sido hasta el momento.

Era cercana la hora en que todos los hermanos, Consuelo, Soledad y Martín, se prepararan para acudir a las aburridas clases de Sofía. Pero la más pequeña siempre perdía el tiempo en la luna, tratando de evadirse con sus recuerdos de esa monotonía...

Consuelo extravía la mirada cuando su mente evoca las pocas fotografías en blanco y negro o diapositivas que su abuelo guardaba bajo siete llaves y que, cuando la ocasión lo amerita, decide mostrar. Don Alonso, como lo llaman, convierte estos momentos en entretenidas tardes, al lado de una chimenea que ilumina el oscuro lugar permitiendo ver en pantalla gigante a la familia que dejó en su país natal, mientras su señora, ya con algunos años, recorre los pasillos de la casa golpeando las palmas de sus manos y hablando algunas incoherencias. Además, la tela pone melancólico al abuelo, recordando los viajes a lo largo del mundo y de la vida, con Aranza, único amor, que a veces no lo reconoce del todo. Se vislumbran al lado de un enorme barco, si bien no son muy altos, sus brazos saludan a lo lejos desde el muelle que los sostiene. Ambos se distinguen por sus elegantes atuendos. El color negro del cabello del abuelo y el azul de sus ojos son imposible de visualizar, tampoco se distinguen las finas facciones y mirada coqueta de la abuela...

Consuelo le temía. La temprana demencia senil que se le presentó la hacía olvidar el nombre de sus nietos, provocando a veces que se pusiera agresiva, no controlar esfínter y repetir constantemente algunas acciones. Los hermanos mayores de Consuelo, Martín y Soledad, jugaban con ella haciéndole algún tipo de travesuras, como cuando la encerraron en la bóveda, lugar donde guardaban las armas de caserías —hobby habitual de la familia—, las máquinas para pasar películas, fotografías, joyas y recuerdos de sus antepasados. Doña Aranza había desaparecido, el alboroto fue grande al no encontrarla. Los padres de Consuelo corrieron hacia la curtiembre, la que era separada de la casa por un murallón y unida por una puerta de madera de muy fácil acceso. El terror se les notó en la mirada que cada uno posó sobre el otro, imaginando que la encontrarían sumergida en un pozo con ácido, donde se curtían los cueros. Por otro lado, el abuelo, que apenas caminaba, se paseaba inquietamente por el corredor delantero en donde habitualmente se bebían los mejores vinos;

la servidumbre se dividió, unos buscando por distintos recovecos de la casa y los otros recorriendo el jardín repleto de árboles que hacían parecer un parque. Cuando Casimiro, el padre de Consuelo, y su mujer regresaron a la casa tremendamente angustiados, los niños decidieron contar la verdad.

—Nosotros sabemos dónde está la abuela —dijo Soledad, algo apesadumbrada.

—¿Dónde está? —preguntó Casimiro con impaciencia.

Martin se apresuró en contestar, mientras Consuelo callada y asustada, sostenía entre sus brazos la muñeca con traje típico español que tanto le gustaba:

—Está en la bóóóveda... —dijeron asemejando un tono de terror.

Casimiro y Piedad se dirigieron raudamente al lugar que permanecía cerrado como de costumbre. Con incredulidad movieron la manilla metálica, hasta abrir la gigantesca puerta de hierro forjado que mantenía a doña Aranza encerrada, absolutamente desnuda, mirando algunas fotografías y bailando al son de la canción que cantaba en francés.

—¡Mamá! ¿Qué haces así? —le gritó Casimiro.

Los niños rieron, mientras Piedad trataba de vestir a su suegra. La escena fue intrigante para sus nietos, especialmente por lo que ocurrió después, cuando sus padres hablaron casi en tono de súplica con ellos, pidiéndoles que jamás contaran lo visto y que lo olvidaran. Se lo adjudicaron a la enfermedad que ella padecía, pero, según los niños, algo ocultaban.

El castigo por haber encerrado a la abuela fue terrible e inolvidable. Su padre sacó del mismo lugar un látigo con tres puntas de tiras de cuero, llevó a los niños a la ducha y les pegó un par de azotes en las nalgas mojadas a cada uno, incluyendo a Consuelo que encubrió a sus hermanos.

Consuelo escucha una voz femenina que la llama, devolviéndola al presente, y recién cae en la cuenta de que aún no se ha bañado:

—Niña, ya es hora del estudio —le comunica la institutriz.

Capítulo II

Consuelo

Consu, como la llaman sus hermanos, hábil en sus movimientos, de fina estampa, con una coquetería innata introducida en ese pequeño cuerpo moreno, sin desarrollo todavía, tomó de la bóveda, sin que nadie lo notara, un pequeño álbum de fotografías y las escondió detrás de un gigantesco piano negro marca Petrof, que solo encendía sus sonidos si Casimiro lo acariciaba con sus largos dedos, como cuando recorría la bella silueta de su mujer.

La pequeña decidió que solo ella sería la que vería las fotos, pues no quería ser nuevamente castigada. Cuando en su casa la siesta se apoderaba de la familia los fines de semana, ella corría al cuarto de costuras y se escondía bajo una máquina de coser con pedal, la que estaba cubierta con un forro de género que la tapaba casi completamente. La abertura de la tela floreada permitía mover las piernas para trabajar en ella, lo que en esta oportunidad dejaba pasar un pequeño halo de luz natural. Hacía un doble esfuerzo, tratando de mantener el equilibrio, sentada en el pedal de la máquina y de visualizar, con sus grandes ojos café y pestañas largas, las figuras que en el papel aparecían en blanco y negro. No reconocía a nadie, una, dos, tres mujeres con atuendos extraños... «¿quiénes serían?», se preguntaba. También le llamaba la atención lo ligeras de ropa que se veían, especialmente para esos años, en donde mostraban parte de sus piernas y brazos, con perfectos cuerpos que bailaban en un escenario. Consuelo ojeaba cada hoja del álbum mientras sus

pensamientos vagaban con gran intensidad e imaginación. Su mayor anhelo era bailar como aquellas mujeres, que, si bien sus rostros mostraban una falsa sonrisa, les parecía atractivas, especialmente porque usaban ropa distinta a lo habitual y danzaban en un teatro. En algunas ocasiones buscó en el *closet* de los disfraces algo semejante a lo de las fotografías y lo único que encontró parecido eran unos tutús, que alguna vez usó su madre como bailarina de *ballet*; a su corta edad, el ponerse el traje le producía un enorme placer, difícil de explicar, que se veía reflejado en su cara, cuando cruzaba la gran casa hasta llegar al salón en donde había una radiola, que encendía sin dificultad logrando entonar la música que ella deseaba. En seguida sus piernas se apoderaban del esqueleto y comenzaba a bailar *twist* o *rock and roll*, siendo en una oportunidad interrumpida por su padre, el que muy enojado la sacó de su sueño:

—¿Qué haces, Consuelo?

Ella sabía que a él no le parecía lo que estaba haciendo porque el diminutivo de «Consuelito» pasaba al olvido.

—Bailando, papá, ¿no me ves? Mira qué lindo el vestido de *ballet* de la mamá —respondió inocentemente.

—¡Anda y te lo sacas ahora!

La niña, asustada por tal reacción, salió del lugar, encontrándose con la abuela, quien la observaba tras la puerta con una sonrisa cómplice, girando en su cuello la cadena de oro de la que colgaba una pequeña medalla que siempre poseía entre sus manos cuando veía algo que la hacía recordar su pasado. Corrió asustada por el pasillo, hasta llegar a la máquina de coser, de la que colgaban los velos que cobijaban todos sus sueños, temores, secretos y pensamientos. Su mente abrigaba muy pocos recuerdos de infancia, aunque, los importantes para ella, eran imposibles de borrar. A veces rememoraba la visita de sus parientes españoles, cuando tenía alrededor de ocho años. Su familia estaba constituida por los abuelos paternos, sus padres, hermanos y la servidumbre.

Las visitas llegaron en un automóvil que la familia les ofreció, un Ford Mercury verde oliva con parrilla de aluminio en el techo, en donde cargaron las maletas traídas de España. Su familia los esperaba en el antejardín, excepto la abuela Aranza, que miraba desde una ventana con cortinas de tul que traslucían su silueta. A medida que bajaban del auto, Consuelo notaba

inquietos a su padre y abuelo, parecían algo nerviosos, pero pensaba que podía ser la emoción del momento al volver a verlos después de tantos años. Primero descendió Encarnación, la sobrina de la abuela a la que no había visto más de dos veces en la vida, luego apareció su marido Antonio y sus hijos Toñito y Paco, de los que había oído hablar. La mujer vestía una pollera larga con estampado floreado, parecido al escondite de Consuelo, con una blusa de broderí blanca con elástico en la cintura, algo ancha para su gordura y tamaño. Los aros que usaba eran grandes y llamativos, tanto que le recordaron los cencerros que se les colgaban del cuello a las vacas. Los dos niños colorines y pecosos hacían embellecer en algo este paraje, ya que el tío Antonio con su panza y bigote rojizo, tampoco colaboraba en la escena. La niña muy impresionada con estos parientes, que además la «z» brotaba de sus bocas, se mantuvo estupefacta. El ambiente completo lo veía como un circo barato, tan distintos a su padre y abuela que, a pesar de su enfermedad, siempre se veía tan elegante. Las miradas y sonrisas cómplices entre los hermanos propiciaban que la situación fuera un poco más tensa.

La familia no fue muy cariñosa al saludar. Siempre se habían caracterizado por ser acogedores y amables, pero esta vez algo distinto ocurrió.

Entre tanto, Consuelo le comenta a su hermana:

—¿Te fijaste en el papá? Qué pesado fue con ellos.

—Quizá es por falta de confianza, hace tiempo que no se ven —opinó Soledad sin mayor interés.

—El papá no se puso muy contento cuando vio a su prima —insistió Consuelo—. Capaz que trabajen en un circo y al papá no le guste mucho —añadió.

—Ja, ja —rio Soledad—, puede ser eso.

Luego se retiró del lugar para jugar en sus columpios.

Capítulo III

Familia circense

La familia circense, apodo que le puso Consuelo a los visitantes, se acomodaría en dos grandes habitaciones de la casa, unidas por un baño, que separa el escusado de la tina con bloques cuadrados y planos de vidrio traslúcido transparente. Son los cuartos que generalmente permanecen desocupados; algo oscuros, más aún cuando las persianas de madera verde no siempre permiten que el sol y el aire los ventile y les dé luz. Esta vez recibieron atención especial, una semana preparándolos para sus invitados, tratando de expulsar el fuerte olor a humedad y encierro que, aun con la ventilación, no logra disimular el tiempo transcurrido sin usar. Las gruesas cortinas que cuelgan por esas viejas ventanas hacen resonar la durmiente paz que se respira, cuando el chillido de sus argollas recorre el largo fierro que las sostiene. El sonido se traduce en libertad y frescura para los que están en ese lugar.

Encarnación se dirige con paso brusco y decidido donde su tío Alonso. Lo abraza hasta hacerle perder el equilibrio. El abuelo se apoya en la baranda del corredor del frente de la casa, pero esta cede y sin lograr afirmarse cae al suelo. Inmediatamente ocurrido el accidente, se escucha el golpe de la ventana en donde permanece el continuo refugio de la abuela Aranza. Algunos corren a socorrer al abuelo y otros a tranquilizar a la abuela. La gordura de la sobrina no pasa inadvertida y menos todavía su tosca actitud frente a su desvalido tío. Su marido lanza un par de improperios, «Carajo», replica, y luego aumenta

su rabia cuando Encarnación lo hace callar, decidiendo abstenerse de comentarios, mordiendo su lengua, aunque su semblante irradia fuego. Los niños colorines paralizan sus cuerpos, mientras Consuelo y sus hermanos gritan al ver a su abuelo sangrando y corren en su ayuda. Toñito, el mayor de los jóvenes, vuelca la mirada hacia la más pequeña de sus primas en segundo grado. Le llama la atención la corta pollera plisada escocesa y su morena piel. Por primera vez siente cosquillas en la guata y se evade en algunos pensamientos algo precoces.

La bienvenida rápidamente se transformó en caos. Piedad y Casimiro responden a lo ocurrido con urgencia, mientras Encarnación alcanza a aferrarse a uno de los empleados; atrás aparece la abuela que se acerca confundida a la mujer, a la que ha visto distanciadamente, propinándole un golpe con el paraguas que encuentra en el *hall*. Todo se enreda, los bártulos todavía permanecen en el automóvil, los empleados se sorprenden con tanto desorden y la familia tan esperada los desconcierta. El matrimonio visitante casi no reconoce a la abuela, porque las veces que estuvieron juntos anteriormente les dejaron la imagen de una bella y encantadora mujer. Hoy su delgadez es extrema, la profundidad de sus ojos hace que su maravilloso color ya no se distinga, el cabello rubio que alguna vez tuvo ahora es canoso, y su bella sonrisa de antaño había perdido unas cuantas piezas dentales. El recuerdo que Encarnación tenía de ella, la hace dar un paso hacia atrás, tartamudear y no disimular lo que este encuentro le produjo, más aún cuando sintió el fuerte golpe del paraguas en el brazo.

—¡Abuela! —le gritó Soledad—, ¡no le pegues!

—La gorda botó a mi Alonso, ¿qué se ha creído esta mujer? ¿Quién es? —vocifera la abuela Aranza.

—Mamá, es su sobrina, hija del tío Pelayo, al que le gustaba venir a Chile a trabajar en la curtiembre, ¿se acuerda? —le explicó Casimiro.

—Ah, sí, lo conozco a él, era flojo, y ¿dónde está? —pregunta la abuela Aranza.

—Mamá, él murió hace dos años —le recuerda con algo de temor a la reacción.

—Entonces está en el «patio de los callados» —le contestó desconcertando al público, mientras acomodaba el calzón en su glúteo.

—Perdónela, señora —salió en defensa la cuidadora—. Está un poco enferma —agrega en voz baja, dirigiéndose a la sobrina.

—Entonces, ¿vienes a buscar la herencia? —prosiguió la abuela algo alterada, mientras su hijo y nuera la tomaban de un brazo para sacarla del lugar.

—Aranza, ¿qué herencia? —le habló golpeado su marido, a pesar de que su voz había perdido fuerza—. Tu hermano, el tiempo que pasaba con nosotros —prosiguió— era empleado de la industria. Los Sánchez somos los dueños, yo heredaré el dinero de mi padre. Cuando nos casamos...

En ese instante, Casimiro sutilmente lo hizo callar mostrándole los cueros curtidos que uno de los empleados traía entre sus brazos, para guardarlos en una habitación de la casa, evitando así que el abuelo continuara con la historia.

Mientras tanto, Aranza abría el paraguas y caminaba con él en uno de sus hombros, moviendo las caderas con exageración y elegancia, a pesar de las limitaciones que ya presentaba sobre los ochenta años. El resto trataban de mantenerse serios, pero lo ocurrido efectivamente parecía una escena sacada de un circo y entre los nervios, las risas afloraban disimuladamente.

—No se preocupe —comentó Encarnación, tratando aún de asimilar la triste imagen de su tía, el alboroto recién ocurrido y la sensación de que no estaban muy felices con su visita.

Una vez dentro de la casa, recorrieron cada uno de los lugares antes de llegar a sus aposentos. El patio de luz que estaba cubierto de vidrios unidos por fierros en forma de pequeños pentágonos daba el recibimiento a las habitaciones de la familia Muñiz y, por la entrada del frente, se llegaba al sector de la servidumbre y del cuarto en donde mantenían algunos cueros ya curtidos.

Paco iba aferrado a sus padres mientras Toñito, todavía atónito con la belleza de Consuelo, no logra controlar su cuerpo adolescente de trece años y menos sus deseos. La timidez de esos días se vio alterada por esta menuda niña. El trayecto continuó pasando por el costurero al que tanto visita la joven, la biblioteca en donde se ubica la bóveda que está rebalsada de recuerdos y el subterráneo al que los más osados bajaban a tomar el jugo de las conservas, haciendo que estas se descompusieran.

Los visitantes no ocultan su asombro ante tan grande casa. Comentan que la única mansión que han conocido fue cuando viajaron a Alicante.

Después de curar al abuelo, Piedad dedicó el resto del día en mostrar el lugar. Un gallinero, un gran jardín y la curtiembre. Piedad decide hablar, aclarando todo el trabajo y sacrificio que debió realizar la familia para mantener y mejorar lo que hoy ven. «Los costos no han sido pocos», recalca.

La sospecha del nivel socioeconómico del que viene esta familia se hace evidente cuando se sientan a la mesa cubierta con un mantel de lino blanco invierno con sus respectivas servilletas, cubiertos de plata tallada con las iniciales de la familia actual y una fina loza blanca dibujada con bailarinas celestes en el borde. La comida se sirvió a la redonda y el marido de Encarnación, nerviosamente y ruborizado ante tanto protocolo al que no estaba acostumbrado, volteó el espumoso arroz blanco con algún riñón al jerez que saltó en el mantel, cayó en la alfombra y silla que lo circundaba. La mujer miró asustada y el menor de los colorines rompió en llanto. Casimiro y Piedad calmaron la situación e instintivamente trataron de hacerlos sentir cómodos, dejando en el olvido lo poco hospitalario que habían sido con ellos.

Casimiro rápidamente se levantó a ofrecer un vino tinto que mostraba todo su colorido y olor en una botella de cristal usada diariamente por los comensales. Piedad interrumpió la escena preguntando la edad de los niños y de dónde venía lo colorín. Encarnación y Antonio contestaron al unísono, diez y trece años, lo que produjo en los presentes una risa inmediata y el diálogo se distendió:

—Estamos muy agradecidos por habernos recibido —dijo Encarnación—. Siempre quise conocer a mis parientes. Nunca me imaginé que podríamos venir.

Casimiro y su mujer hicieron un brindis levantando las copas, lo que obligó a los visitantes a hacer lo mismo. Los colorines, algo aburridos con tanto protocolo, se miraron en complicidad con los otros niños y levantaron sus copas con jugo de naranja. Encarnación prosiguió:

—Por fin mi deseo se cumplió, no quería perder contacto con la familia. Cuando se nos van los padres a veces la relación se termina y es lo que siempre temí; por eso les agradezco tanto su hospedaje.

La convivencia continuó bastante bien, exceptuando algunos episodios como cuando Paco dejó de llorar porque se atoró con riñones y comenzaron las maniobras de salvación o cuando Antonio pidió autorización para levan-

tarse al baño y, al correr la silla, la quebró. Su peso y equilibrio después del vino le pasaron la cuenta. Para Piedad, la dueña de casa, nada pasó inadvertido, no podía creer tantos acontecimientos extraños en tan poco rato, pero se mostró digna hasta el final.

Los abuelos no participaron de la cena, por lo que no se enteraron de lo ocurrido allí. Don Alonso creía conocer todo lo de su señora por lo que no le habría llamado la atención el origen de los españoles.

